

Una cuestión muy amplia

Günter Grass critica la reunificación alemana en su última novela

LUIS MEANA

GÜNTER GRASS

Ein weites Feld

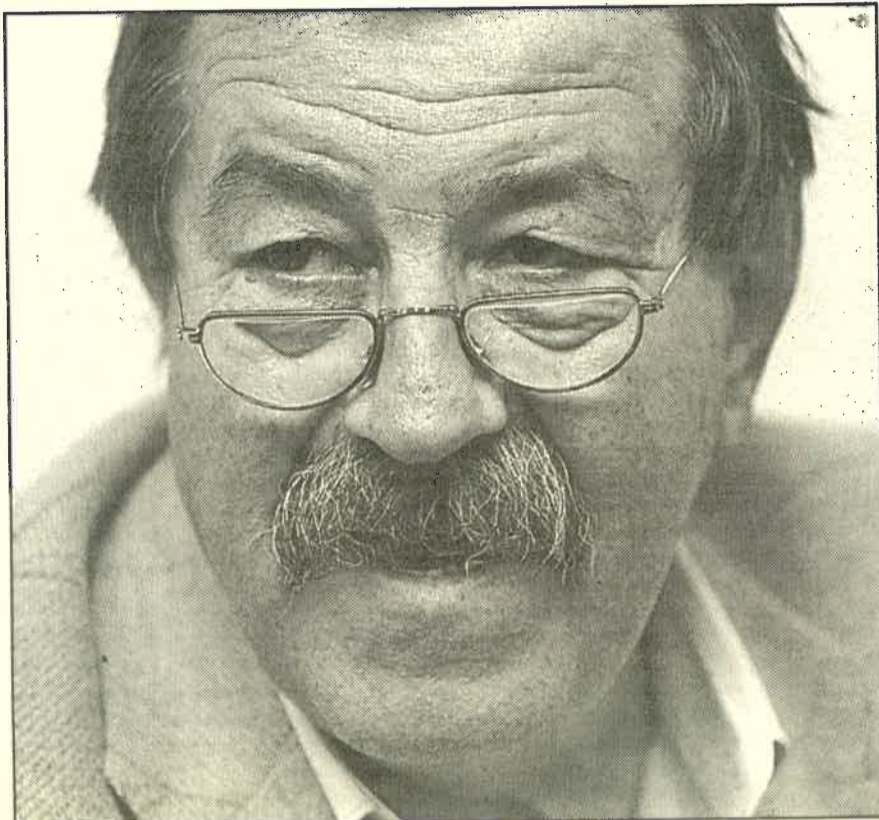
Steidl Verlag.
Gotinga, 1995.
784 páginas.
49,80 marcos.

"Nosotros, los del archivo, le llamábamos Fonty". Con esa frase comienza la nueva novela de G. Grass —*Ein weites Feld*—, frase en la que resuena, lejanamente, la ya frase famosa que abre *El tambor de hojalata*: "Concedido, soy un internado en un psiquiátrico". Ese hecho, más que mera casualidad, es parecido programático. Si *El tambor...* fue la elaboración histórico-literaria de la catástrofe alemana de la Segunda Guerra, *Ein weites Feld* es la elaboración histórico-literaria de la reunificación, vista, como en el caso del *Tambor*, desde los ojos, los sentimientos y la experiencia de un perdedor, en este caso un ciudadano de la antigua RDA, Theo Wuttke, llamado Fonty, porque adora, recita de memoria e incluso imita al gran escritor Theodor Fontane (1819-1898), quien es "su todo".

Partiendo de esa manía de Fonty, Grass monta una complicada estructura novelística: el texto mezcla pasado y presente, la voz de Fontane y la de Grass, la fundación del Reich en 1871 y la fundación de la Alemania unida iniciada en 1989, con lo que la obra resulta, a veces, enrevesada y difícil de seguir. Complicación que, de alguna forma, se refleja en el título mismo, una fórmula recogida de la última línea del *Effi Briest*, de Fontane: "Ach, Luise, lass... das ist ein zu weites Feld". Casi todos los corresponsales han traducido su título, erróneamente creo, como *Un vasto campo*, cuando, propiamente, hay que darle a la frase el sentido que tiene en Fontane y en el lenguaje coloquial alemán: indicar un asunto que no sólo es muy amplio, sino también especialmente enrevesado, cuya discusión se obvia porque llevaría demasiado lejos. Por tanto, el título de la novela debería ser algo así como *Una amplia cuestión* o *Una cuestión problemática*, o alguna expresión equivalente. El que Grass tome esa expresión como título —la novela iba a titularse en principio *Treuhand*— es ya tesis y programa: quiere señalar la reunificación como un hecho complejo, liado e irresuelto, un "weites Feld".

Razones y principios

La novela, que transcurre en Berlín Este en el breve periodo que va de 1987 a 1992, narra la historia de Theo Wuttke, llamado Fonty, ciudadano insignificante —un bedel— que ni encajaba en el reino comunista ni encaja tampoco en la sociedad consumista sobrevinida tras la reunificación, y que convierte su pasión y su afición —Fontane— en un reino privado ideal, que le sirve para aislarse de la realidad y también para sacar razones y principios con los que criticar el ocurrir de esa realidad presente o pasada. Como en el *Tambor*, estamos ante una novela-documento, que más que dedicarse a la introspección psicológica de los personajes, se dedica a documentar la forma en la que el ciclón histórico arrastra a esos personajes como si fueran hojas insignificantes: son lo poco que las estructuras, los marcos estatales y los vaivenes de la historia les dejan ser. La novela es la narración del efecto devastador de la historia sobre esos seres in-



Günter Grass.

defensos: Fonty es un escéptico cansino que ha pasado por todo (el nazismo, la guerra, la dictadura comunista, la caída del muro, la reunificación) y que no ha sabido hacer carrera en la RDA por culpa de su inclinación —libertaria— al comentario políticamente impertinente e inoportuno, además de una actitud poco servil. Si la RDA le convirtió en un naufrago en un mar de dogmas, la reunificación le convierte en un ciudadano de segunda que debe tragar y soportar la arrogancia del Oeste de la misma forma que antes tuvo que soportar la arrogancia del dogma político comunista. Esa existencia, como la de su mujer Emmi y la de toda su familia, ha quedado íntimamente marcada por las cicatrices de la historia alemana: los dos hijos varones emigraron, casi niños, a la RFA, y la hija que permaneció en la RDA ve frustradas sus aspiraciones vitales, primero en la política —abandona desencantada el partido comunista y asiste al hundimiento del Estado proletario— y después en la vida —se casa con un wessi y fracasa en su matrimonio—.

Con la novela, Grass quiere poner fin a la leyenda oficial de una unidad alemana lograda. Naturalmente, ese planteamiento de la novela se vuelve, en ciertos momentos, contra la novela misma: margina todos los aspectos o dimensiones introspectivas, en ocasiones la esquematiza demasiado, todo

La novela es la narración del efecto devastador de la historia sobre los seres indefensos e insignificantes

queda supeditado a recalcar ese motivo, y hasta la hace en momentos cansino. La crítica, como es sabido, ha despedazado —literalmente— la novela. Reich-Ranicki, el cabecilla, como siempre, del furibundo ataque, ha señalado que Fonty es un mero nombre, una marioneta sin vida, lo mismo que el resto de personajes. Muchos otros críticos han negado a la novela cualquier valor literario. Esa crítica es, como casi siempre, relativamente injusta: la novela, sin ser una obra maestra, muestra el alemán magistral de Grass de siempre, su capacidad narrativa, tiene una estructura bastante trabada, los personajes no son tan artificiosos como señala alguna crítica (Emmi, la mujer de Fonty, es, por ejemplo, una figura robusta y con contornos), hay muchas páginas excelentes (no sólo las del relato del encuentro con el escritor Uwe Johnson, sino otras, como la boda de la hija de Fonty —Marta—): Naturalmente, el intento de Grass de presentar una contrahistoria a la historia oficial de la reunificación tiene un problema: que mientras en el caso de *El tambor...* la reconstrucción de la experiencia y consecuencias de la guerra estaba mucho más distanciada en el tiempo, en éste la reconstrucción de la experiencia y consecuencias de la reunificación está hecha casi encima de los acontecimientos mismos, y la novela paga probablemente ese tributo: la falta de distancia histórica le quita a la narración densidad, la pega demasiado al mensaje histórico que se quiere transmitir, la historia domina sobre los personajes y no permite distinguir lo fundamental de lo accidental.

Como había sucedido ya con *Malos presagios*, la novela ha desatado una verdadera tempestad crítica. Esas críticas se asemejan más a una necrológica literaria o a un ajusticiamiento público —literario y hasta personal— de Grass que a una crítica. La demolición, más que deberse a motivos políticos, como han señalado muchos (entre ellos el mismo Grass), se debe a un fenómeno más fundamental: a una creciente jibarización de la función de la crítica. El problema del correoso Reich-Ranicki

es que sigue aferrado a una concepción hemipléjica y simplista de la crítica: ésta no está para dedicarse a completar —por el análisis— la obra, sino para convertirse en una especie de alto tribunal de calificación cuya misión se reduce, como pasaba por la censura, a decir si la obra es o no apta para el público, a emitir un simplificado sí o no sobre una obra. La crítica a lo Reich-Ranicki implica un lector "infantil" y sin autonomía al que un Papa tiene que orientarla en cuestiones literarias. Hace, sin embargo, mucho que la literatura, como la Iglesia, tiene fieles independientes que fijan, autónomamente, sus juicios y comportamientos literarios sin necesidad de ningún Papa. Tiene razón, en este punto, Günter Grass cuando, en una entrevista reciente, dice que "tenemos dos papas polacos. Uno, en Roma, cree ser infalible en cuestiones de comportamiento sexual. Yo tengo mis dudas. El otro, en Francfort, cree ser infalible en sus juicios sobre literatura. Yo tengo también mis dudas". El problema se vuelve ya totalmente abracadabrante si se tiene en cuenta que ese papa, tan supuestamente infalible, tiene una carrera llena de errores monumentales: por ejemplo hizo, en su día, una crítica demoledora de *El tambor de hojalata*, de la que escribió juicios tan duros y desacertados (con frases como "si la novela tuviera doscientas páginas menos, aunque tampoco sería con toda seguridad una obra de importancia, mejoraría mucho"; "*El tambor de hojalata* no es una buena novela, aunque Grass parece poseer talento") que tuvo que escribir tiempo después una segunda crítica retractándose de la anterior. Y algo parecido le pasó con Böll y las *Opiniones de un payaso*. ¿Qué valor se le puede dar, entonces, a un crítico y una crítica muy dotada para el *show business* pero que, ante la aparición de una de las novelas claves de la posguerra alemana, es incapaz de reconocerla y descubrirla a sus lectores? Probablemente, ninguno.

Ejecución sumarisima

Esa ejecución sumarisima de Grass y de *Weites Feld* se debe también, más que a los defectos que la obra pueda tener, a los condicionamientos de esa manera de ejercer la crítica. Naturalmente, un alto tribunal de la literatura de ese tipo recibe, con la aparición de la novela del gran maestro, el instante mágico por el que ha esperado y suspirado durante años. Debe pues aprovechar ese momento para reforzar su jurisdicción y su jurisprudencia, y para reafirmarse como instancia o institución. Toda esa presión autojustificativa y toda esa *pose* condicionan y tergiversan su juicio. Por lo demás, esa crítica se aferra, ante el gran autor consagrado, a lo que podríamos denominar el *imperativo de la obra maestra*. Para esa crítica, todo escritor de rango mundial está obligado a producir, ininterrumpidamente, obras maestras. Y, si no lo logra, es ejecutado sumarisimamente como si hubiera escrito un panfleto miserable, aunque en realidad haya presentado una obra densa y digna. Pasó con *Malos presagios* y vuelve a pasar con *Ein weites Feld*.

Estamos, por todo ello, con esta novela de Grass ante un *weites Feld*, es decir, ante una cuestión muy amplia y problemática de casi imposible solución.